



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 26 de agosto de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. "Yo vengo a reunir a todas las naciones y lenguas; vendrán y verán mi gloria" (Is 66, 18). Estas palabras del profeta Isaías, que resuenan hoy en la liturgia, me traen a la memoria el importante encuentro internacional que se celebrará en Durban, Sudáfrica, desde el viernes próximo, 31 de agosto, hasta el 7 de septiembre. Se trata de la *Conferencia mundial de las Naciones Unidas contra la discriminación racial*. También en esa sede la Iglesia elevará con vigor su voz para defender los derechos fundamentales del hombre, arraigados en su dignidad de ser creado a imagen y semejanza de Dios.

Para presentar a los fieles y a la comunidad internacional el pensamiento de la Santa Sede sobre esta problemática, el Consejo pontificio Justicia y paz ha elaborado una nueva edición, con una precisa actualización introductoria, del documento publicado a petición mía en 1988 y titulado "La Iglesia frente al racismo. Para una sociedad más fraterna".

2. En estos últimos decenios, caracterizados por el desarrollo de la globalización y marcados por la reaparición preocupante de nacionalismos agresivos, por violencias étnicas y fenómenos generalizados de discriminación racial, la dignidad humana se ha visto a menudo seriamente amenazada. *Toda conciencia recta no puede por menos de condenar decididamente el racismo en cualquier corazón o lugar anide*. Por desgracia, resurge con formas siempre nuevas e inesperadas, ofendiendo y degradando a la familia humana. El racismo es un pecado que constituye ofensa grave contra Dios.

El concilio Vaticano II recuerda que "no podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos

a comportarnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. (...) La Iglesia, por consiguiente, reprueba, como ajena al espíritu de Cristo, cualquier discriminación o vejación por motivos de raza o color, de condición o religión" (*Nostra aetate*, 5).

3. Al racismo se debe contraponer la *cultura de la acogida recíproca*, reconociendo en todo hombre y mujer a un hermano y a una hermana con los que hay que recorrer los caminos de la solidaridad y la paz. Hace falta, por tanto, una vasta *labor de educación en los valores que exaltan la dignidad de la persona* y tutelan sus derechos fundamentales. La Iglesia desea proseguir su esfuerzo en este ámbito, y pide a todos los creyentes su contribución responsable de conversión del corazón, sensibilización y formación. Con este fin, es necesaria, en primer lugar, la oración.

De manera especial, invocamos a María santísima, para que por doquier se desarrolle la cultura del diálogo y de la acogida, juntamente con el respeto a todo ser humano. A ella le encomendamos la próxima Conferencia de Durban, esperando que con ella se fortalezca la voluntad común de construir un mundo más libre y solidario.